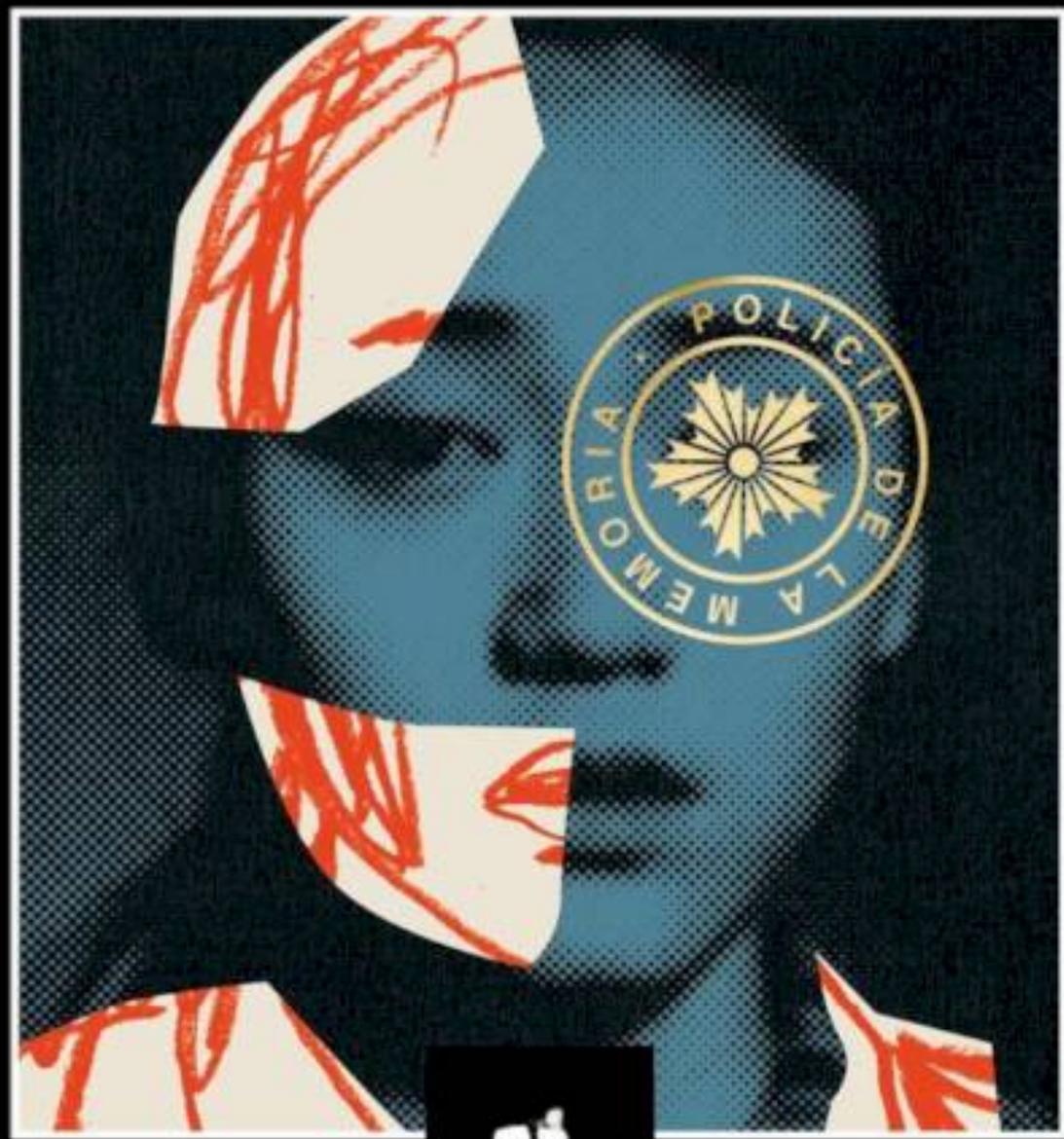


Yoko Ogawa

LA POLICÍA
DE LA MEMORIA



En una pequeña isla se produce un misterioso fenómeno. Un día desaparecen los pájaros, al siguiente podría desaparecer cualquier cosa: los peces, los árboles... Peor aún, también se desvanecerá la memoria de ellos, al igual que las emociones y sensaciones que llevaban asociadas. Nadie sabrá ni recordará entonces qué eran. Hay incluso una policía dedicada a perseguir a los que conservan la capacidad de recordar lo que ya no existe. En esa isla vive una joven escritora que, tras la muerte de su madre, intenta escribir una novela mientras trata de proteger a su editor, que está en peligro porque forma parte de los pocos que recuerdan. La ayudará un anciano al que empiezan a fallarle las fuerzas. Mientras, lentamente, nuestra protagonista va dando forma a su novela: es el relato de una mecanógrafa cuyo jefe acaba reteniéndola contra su voluntad en un attillo. Una obra sobre el poder de la memoria y sobre la pérdida.

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

Notas

1

En ocasiones, vuelvo a preguntarme qué fue lo que desapareció de nuestra isla en primer lugar.

—Mucho antes de que vinieras a este mundo —me decía mi madre cuando yo no era más que una niña—, la isla estaba repleta de cosas que han desaparecido paulatinamente y que ya no se encuentran entre nosotros. Se trataba de objetos, conceptos e incluso seres vivos de lo más variado y con las más diversas características: transparentes, aromáticos, zigzagueantes como culebrillas o brillantes como diamantes... Cosas maravillosas que ni siquiera tú, mi niña, eres capaz de imaginar.

Yo escuchaba embelesada, con los ojos bien abiertos y sin perder detalle, cada una de las palabras de mi madre.

—Desgraciadamente, tras su desaparición, el recuerdo de cada uno de esos objetos va escurriéndose poco a poco de nuestra memoria y desbordándose, como gotas de agua, para precipitarse al profundo pozo del olvido. Si vives aquí, ten por seguro que a ti también te sucederá, y lo único que cabe preguntarse es qué será lo primero que olvides.

—Pero dime, mamá, ¿sentiré miedo cuando eso suceda? —preguntaba yo, llena de aprensión.

—Ni lo más mínimo —replicaba ella—. Sucede sin que apenas te enteres. No sentirás dolor ni fatiga. Una mañana de un día cualquiera, al despertar, algo se habrá esfumado de tu vida, dejando intacto lo demás, y, entonces, tan solo percibirás un tibio desajuste con respecto al día anterior. Te

recomiendo cerrar los ojos y aguzar el oído, captar la sutil diferencia que vibra en el aire como una especie de señal. Y si prestas suficiente atención, es posible que se te desvele la identidad de aquello que habrá dejado de existir en la isla y, por tanto, habrá salido también de tu vida para siempre.

A mamá le gustaba sacar y abordar el tema de las desapariciones cuando nos encontrábamos en su polvoriento estudio del sótano, siempre transitado por el cristalino murmullo de un arroyo que discurría junto al ala norte de la casa. En los más de treinta metros cuadrados de suelo áspero del estudio, yo pasaba largos ratos sentada en un taburete observándola afanarse en tareas como afilar un cincel o pulir piedra con papel de lija: era escultora.

—¿Sabes? Cada nueva desaparición trae consigo cierto grado de agitación en la población de esta isla —continuaba en su habitual tono sereno—. La gente sale a la calle e intercambia sus opiniones y pareceres acerca de aquello que ha desaparecido antes de que su recuerdo se desvanezca por completo. Mientras unos muestran consternación, otros buscan consuelo y recreo en una especie de nostalgia prematura. Sea cual fuere su reacción emocional, mantienen viva la costumbre de quemar o enterrar, según el caso, los restos que todavía conservan del objeto que ha caído en obligado olvido. A veces, también los lanzan al río. Dicha actividad altera la rutina ordinaria durante apenas dos o tres días, transcurridos los cuales nadie conservará el más mínimo recuerdo de qué fue aquello que había formado parte de sus vidas hasta poco antes.

Invariablemente, mamá se detenía al llegar a ese punto. Abandonaba por un momento sus utensilios de escultura y me llevaba a un pequeño rincón situado bajo la escalera, en el que se encontraba una vieja cómoda repleta de pequeños cajones.

—¿Por qué no pruebas a abrir uno de los cajones? —me proponía—. El que quieras.

Mis ojos recorrían despacio cada uno de aquellos tiradores ovalados cubiertos de óxido mientras me preguntaba cuál de los cajones debía abrir. Me tomaba cierto tiempo decidirme por uno.

De hecho, lo meditaba largamente. Sabía que en el interior de cualquiera de ellos se escondía algún objeto tan enigmático como fascinante. Y sabía que esos objetos formaban parte del pasado olvidado de la isla, que solo habitaban en ese lugar secreto bajo la escalera, al amparo de mamá.

Por fin me decidía. Abría un cajón, y entonces mamá, sin dejar de sonreír, colocaba el contenido que se ocultaba en él sobre la palma de su mano.

—Mira. Es un lazo —indicó en una de esas ocasiones—. Desaparecieron cuando yo apenas tenía siete años. Servían para adornar el pelo y se cosían a la ropa.

—Esto es un cascabel —señaló en otra ocasión—. Verás. Hazlo rodar sobre la palma de tu mano. Qué sonido tan agradable produce, ¿verdad?

—Qué magnífica elección has hecho hoy —aplaudí cierto día—. Este cajón contiene una esmeralda, precisamente el objeto al que, entre todos, le guardo más cariño. Se trata de un valioso recuerdo de la abuela, y, como ves, es de una distinción y belleza incomparables. Pese a que antiguamente las esmeraldas eran las piedras preciosas más apreciadas y cotizadas de toda la isla, nadie conserva siquiera el más exiguo recuerdo de lo que eran, de su hermosura y singularidad.

—¿Y qué me dices de este papelito tan pequeño y finito? Se llamaba «sello». Cuando querías comunicarte con alguien que se encontraba a considerable distancia de ti, escribías en un papel lo que desearas decirle y adherías un sello para que pudiera llegarle por muy lejos que viviera; de manera que el sello cumplía con una función muy importante, ¿no crees? Pero eran otros tiempos...

Lazo, cascabel, esmeralda, sello... Aquellas palabras pronunciadas por mamá emanaban fragancias exóticas de plantas recién descubiertas y de nombres pintorescos de niñas de lejanos países, y yo disfrutaba evocando ecos de épocas pasadas en las que aquellas palabras todavía recorrían las calles y las casas de la isla. Sin embargo, dicha imagen flotaba difusa y distante en mi mente. Aquellos objetos que mamá me ponía sobre la palma de la mano se me antojaban pequeños mamíferos durmientes, acurrucados y sumidos en un estado de hibernación, cuya vida latía opaca y oculta en su interior. Entonces, ante aquellos cajones secretos, me embargaba una sensación de vacío; y del mismo modo que pasaba el rato volcada en la inútil tarea de modelar en arcilla la inaprensible forma de las nubes, me entregaba también a los etéreos sonidos de aquellas palabras que manaban de los labios de mi madre, permitía que calasen en mí.

De entre todos los relatos que me contaba mi madre, mi favorito era el del *perfume*, que era un líquido transparente contenido en un pequeño frasco de cristal. La primera vez que sostuve en mis manos aquel frasco de cristal con el líquido transparente, pensé que allí había agua azucarada para beber e, inmediatamente, me lo llevé a la boca.

—¡No, no! ¡No lo bebas! —me advirtió mi madre entre risas—. Mira, voy a ponerme una gota aquí, en el cuello. ¿Ves?

Mamá se acercó el frasquito al cuello, tras la oreja, y muy cuidadosamente lo inclinó hasta que una sola gota asomó, quedó suspendida en el borde y se unió a la piel.

—¿Y para qué haces eso? —pregunté, sin la menor idea de qué era lo que acababa de hacer mi madre.

—El perfume, propiamente dicho, es invisible —replicó ella—. No obstante, puede conservarse en el interior de un frasco.

Agucé la vista para observar el etéreo contenido.

—Una sola gota sobre la piel basta para otorgar a todo tu cuerpo una fragancia muy agradable que puede llegar a cautivar a quien se encuentre cerca y advierta el olor —explicó mamá—. Cuando era jovencita, todas nos poníamos un poquito antes de una cita con un chico, y tan importante era elegir un perfume como ponerse el vestido adecuado. Este que tienes ahora sobre la palma de la mano es el que usaba yo cuando salía con tu padre. Me costó mucho encontrar uno que no sucumbiera a la intensidad de la fragancia de las rosas del jardín donde solíamos vernos. Me refiero a ese jardín que hay en la ladera del cerro que mira al sur de la isla. Recuerdo la sensación del viento haciendo ondear mi pelo mientras yo observaba a papá con el rabillo del ojo, preguntándome si habría advertido la fragancia de mi perfume.

Las palabras de mamá se impregnaban de una mayor vehemencia cuando me hablaba del perfume que cuando lo hacía de cualquier otro objeto de su colección.

—Aunque en aquella época podíamos percibir todo un abanico de olores —prosiguió— y dejarnos maravillar por una gran variedad de matices, hoy nada de aquello forma parte de nuestras vidas, y nadie ha vuelto a recordarlo. Incluso si hubiera alguien capaz de echar de menos aquellos olores de otros tiempos, no encontraría una tienda donde adquirir un frasco. Recuerdo la fatídica fecha en que ocurrió: fue exactamente en el otoño del año que me casé con tu padre. Entonces se produjo la desaparición de los perfumes. Tengo muy presente la imagen de los vecinos acudiendo en procesión a la ribera del río con sus frascos, y los veo destapándolos para verter su contenido en las aguas para que estas lo arrastraran y se lo llevaran para siempre lejos de la isla. No faltaban quienes se acercaban los frascos a la nariz a modo de gesto lastimero de súbita nostalgia por el aroma perdido. Era inútil, su sentido del olfato se había tornado tan inservible como la capacidad de su memoria para evocar el perfume. Este ya no era más que simple

agua para sus narices. Y así transcurrieron dos o tres días durante los cuales una enorme cantidad de peces murieron, de modo que una espesa capa de un hedor nauseabundo fue desplegándose y extendiéndose sobre la superficie del agua, ante la más absoluta indiferencia de la población, cuyo sentido del olfato había quedado notablemente deteriorado.

Un aire melancólico se apoderó de los ojos de mamá, que me sentó sobre sus rodillas y acercó el cuello a mi nariz para que pudiera oler la gotita de perfume.

—¿Llegas a percibirlo? —preguntó.

Capté un leve matiz que lo hacía diferente al olor a pan tostado o al del cloro de la piscina, y rebusqué en mi memoria recuerdos que me permitieran al menos expresarlo con palabras, pero me quedé callada. Qué podía responder.

Mi silencio se prolongó hasta que, finalmente, mamá exhaló un suspiro y desistió de seguir intentando hacerme comprender aquello.

—Me rindo. Para ti esto no es más que agua. Una ínfima cantidad de agua. Y ya no hay nada que se pueda hacer para remediarlo. Lo perdido en esta isla perdido está. No hay manera de hacerlo volver.

Mamá colocó de nuevo el frasquito en el interior del cajón.

El reloj de pared dio las nueve, hora de volver a mi habitación y acostarme. Mamá, por su parte, martillo y buril en ristre, se puso a trabajar de nuevo en su escultura, con la luna en cuarto creciente pintada sobre el cielo nocturno, al otro lado de la ventana alta del sótano.

Tras el habitual beso de buenas noches, pude verbalizar por fin la pregunta que había estado deseando hacerle durante todo ese tiempo:

—¿Cómo consigues recordar todo lo que ha ido desapareciendo? ¿Cómo es posible que huelas un perfume cuando el resto de la gente lo ha olvidado?

Mamá se quedó mirando la luna durante unos instantes y después se sacudió levemente con los dedos el polvo de piedra adherido al delantal.

—Yo también me hago siempre esa pregunta —respondió con un deje áspero en la voz—, pero no encuentro respuesta. ¿Por qué no pierdo ninguno de mis recuerdos? ¿Por qué precisamente me ocurre eso a mí? ¿Será así siempre o llegará el día en que también yo me sume a la lista de la desmemoria?

Mamá bajó la mirada en un gesto de resignación. Le di otro beso a modo de consuelo.

2

Tras el fallecimiento de mi madre y, posteriormente, del de mi padre, viví sola en la casa familiar en que había crecido. No mucho después, hace unos dos años, la anciana asistente que me había acompañado durante mi infancia murió de un ataque al corazón y me quedé más sola aún.

Tenía algunos primos en un pueblo al otro lado de las montañas del norte, cerca del nacimiento del río, pero no los visité nunca y ellos tampoco hicieron lo propio. Las montañas estaban cubiertas de arbustos plagados de espinas y sus cimas coronadas por desalentadoras nieblas perpetuas que ahogaban el deseo de aventurarse al otro lado. A ello debía añadirse que no existían mapas en la isla y, por tanto, nada que diluyera la incertidumbre acerca de lo que uno podía encontrarse por allí. Ni siquiera había un simple y escueto registro gráfico del contorno de la isla. Nadie sabía cómo era. Tal vez los hubo en algún momento del pasado, pero en todo caso no quedaba rastro alguno de ellos.

Mi padre era ornitólogo y trabajaba en un observatorio sito en la cima del cerro del sur de la isla, donde pasaba una tercera parte del año a tiempo completo, noche y día, anotando una gran cantidad de datos, tomando fotografías e, incluso, incubando huevos.

A mí me encantaba subir a verlo con el pretexto de llevarle el almuerzo, y siempre era muy bien recibida por los investigadores más jóvenes, que premiaban mi visita con galletas y una taza de chocolate caliente.

Papá me sentaba sobre sus rodillas y me permitía mirar a través de sus anteojos. La forma del pico, la tonalidad del contorno de sus ojos, el modo en que desplegaban sus alas..., ningún detalle se le escapaba. Sabía identificar a cada una de las aves que pasaban ante nuestros ojos. Recuerdo lo excesivamente pesados que me resultaban los anteojos y cómo los brazos se me cansaban enseguida, entonces su mano izquierda acudía a mi auxilio para sostenerlos.

En una de aquellas ocasiones, con nuestras mejillas rozándose, sentí el deseo de preguntarle por la vieja cómoda en cuyos cajones mamá conservaba todos aquellos objetos. «¿Tienes alguna idea de qué guarda allí?» era la cuestión que pugnaba por salir de mis labios, pero la imagen de mamá mirando a la luna en cuarto creciente a través de la ventana se encargó de retenerla en mi garganta.

—Cómete el almuerzo antes de que se eche a perder — fueron las palabras que pronuncié, a modo de desvaída advertencia de parte de mamá.

De camino a la parada del autobús, acompañada de papá, siempre me detenía unos instantes en una pequeña área habilitada para poner comida a los pájaros y hacía pedacitos una de las galletas para dejarla ahí.

—¿Cuándo volverás a casa? —le pregunté aquel día.

—El próximo sábado —contestó él, con visible desasosiego—. Quizás...

Llegado el momento de la despedida, papá agitaba el brazo con tal ímpetu que el lápiz rojo, la brújula y el rotulador fluorescente que guardaba en el bolsillo del pecho de su chaqueta de trabajo parecían a punto de salirsele.

Me alegré de que la desaparición de los pájaros se produjera tras la muerte de papá. Si bien es cierto que, en líneas generales, los habitantes de la isla se las arreglaban para encontrar un nuevo trabajo sin excesivas dificultades cada vez que se producía una nueva extinción que afectara al

que ya tenían, creo que papá, a quien la vida le había escamoteado cualquier otro talento que no fuera el de identificar aves, no habría sido capaz de adaptarse a ningún otro oficio.

A partir de la erradicación de los sombreros, uno de nuestros vecinos, que se dedicaba a su confección, no vio especial inconveniente en acomodarse a la fabricación de paraguas; el marido de nuestra asistente pasó a encargarse del almacén del muelle después de que el ferri quedara fuera de servicio y no requiriese más de sus labores de mantenimiento, y la hermana de una antigua compañera del colegio cambió su profesión de peluquera por la de partera. Dichas transiciones no solo no acarrearán crisis personales ni provocaban una aguda nostalgia en quienes pasaban por ellas, sino que incluso la significativa disminución de los ingresos que solían conllevar era aceptada de buen grado. También es verdad que la Policía de la Memoria tendía a poner especial atención en aquellos ciudadanos demasiado vacilantes a la hora de decidirse por una nueva profesión.

En cualquier caso, todos, incluyéndome a mí, fuimos perdiendo simplemente la memoria del pasado, sin excesiva añoranza. ¿Cómo es posible añorar lo que no se recuerda? La propia isla, flotando en aquella vacía inmensidad que era el océano, representaba a la perfección, en su aislamiento, lo que en ella acaecía a diario.

Pues bien, la desaparición de los pájaros no se produjo de manera diferente a las demás. Sencillamente, un día como cualquier otro, al alba, ya no existían sobre la faz de la tierra.

Al despertar, como era habitual en dichas ocasiones, percibí cierta aspereza en el aire que interpreté como la señal de una nueva extinción. Permanecí con los ojos bien abiertos acurrucada bajo las sábanas y recorrí con la mirada cada rincón de la habitación. El juego de maquillaje reposaba como siempre sobre el tocador, igual que los clips y las

hojas de papel donde tomaba notas descansaban sobre el escritorio, y la colección de discos sobre su correspondiente estantería. Las cortinas de encaje seguían también allí, como siempre. Pero cualquier minúsculo detalle podría haber desaparecido, así que hice acopio de paciencia y agucé la vista.

Me levanté y me eché una rebeca por los hombros. Salí al jardín y comprobé que todos los vecinos habían hecho lo mismo y que sobre sus rostros, como sobre el mío, se cernía una sombra de inquietud mientras oteaban los alrededores. El perro de la casa de al lado ladró en registro grave.

Fue entonces cuando por encima de nuestras cabezas, a gran altura, se perfiló la redondeada silueta de una pequeña ave de tonos parduzcos y blancas pinceladas sobre la pechuga que cruzaba el cielo alejándose.

«¿No era aquel uno de esos pájaros que había observado alguna vez desde el observatorio junto a papá?», me pregunté. Y apenas lo había hecho, me di cuenta de que desde las más recónditas profundidades de mi memoria iban borrándose tanto el significado de la palabra «pájaro» como las emociones y sensaciones asociadas a esta, y, en definitiva, todo tipo de remembranza vinculada a las aves.

—Hoy han sido las aves... —sentenció lacónicamente el antiguo sombrerero—. No se pierde gran cosa. ¿A quién puede afectarle algo así, si lo único que hacen es volar a su antojo?

El antiguo sombrerero se ajustó la bufanda al cuello y estornudó levemente. Nuestras miradas se cruzaron y sus labios esbozaron una incómoda sonrisa, como si en ese preciso momento hubiera caído en la cuenta de que papá había sido ornitólogo. Sin añadir nada más, se dirigió raudo al trabajo.

Los demás parecieron sentirse aliviados al comprender la naturaleza de la extinción de aquel día y pusieron también rumbo a sus respectivos asuntos matutinos. Yo me quedé un rato allí sola, mirando al cielo...